

ligera oposición por parte del viejo caballero.

La velada fué encantadora. El pequeño Perker estaba de humor. Contó muchas historias cómicas y cantó una romanza seria, que pareció tan cómica como sus anécdotas. Arabella estuvo deslumbradora, Mr. Wardle jovial, Mr. Pickwick armonioso, Mr. Ben Allen estre-pitoso, los amantes silenciosos, Mr. Winkle chistoso y toda la reunión en extremo gozosa.

CAPITULO LV

Mr. Salomón Pell, ayudado de un comité escogido de cocheros, arregla los negocios de Mr. Weller senior.

—Samuelito — dijo Mr. Weller á su hijo al día siguiente de los funerales, — lo he encontrado, creo que está aquí.

—¿Qué es lo que habéis encontrado?

—El testamento de tu madrastra, Samuel, que hace los arreglos que te he dicho.

—¡Qué! ¿no os había dicho ella dónde estaba?

—Ni por asomo, Samuelito! Estábamos ya para arreglar nuestras pequeñas diferencias, yo la levanté y la aconsejaba que se pusiera en pie con tanto afán, que he olvidado hablarla de eso. Además que no sé si la habría hablado, aun cuando me hubiese acordado; porque, Samuel, me parece una cosa muy mal hecha atormentar á una persona con sus bienes cuando se le asiste en una enfermedad. Es como si metierais la mano en el bolsillo de un viajero de imperial que hubiese sido lanzado á tierra, mientras le ayudabais á levantarse y le preguntabais suspirando cómo se encontraba.

Después de haber ilustrado con esta figura su pensamiento, abrió Mr. Weller su cartera y sacó de ella un papel medianamente sucio, sobre el cual se hallaban inscritos diferentes caracteres amontonados con notable confusión.

—He aquí el documento, Samuelito; lo he encontrado

en la teterita negra, sobre la tabla del armario del mostrador. Allí metía los borradores de sus apuntes antes de acostarse, y se los he visto sacar bastantes veces. ¡Pobre criatura! Podía haber llenado de testamentos todas las teteras de la casa sin cuidado, porque no probaba esta bebida en sus últimos tiempos, excepto en las reuniones de temperancia, en que se usaba una infusión de te, para elevar los espíritus por encima del nivel miserable de la carne.

—¿Y qué es lo que dice? — preguntó Sam.

—Lo mismo que te he contado, hijo mío; doscientas libras esterlinas por vía de legado á mi hijo político Samuel, y el resto de mis propiedades de toda clase á mi marido Mr. Antonio Weller, á quien nombro mi único testamentario.

—¿Y eso es todo?

—Todo; y como es claro y satisfactorio para ambos, que somos las dos partes interesadas, supongo que podremos desde luego echar este pedazo de papel al fuego.

—¿Qué vais á hacer, loco? — exclamó Sam apoderándose del papel, mientras su padre atizaba inocentemente el fuego para arrojarlo en él. — En verdad que sois un ejecutor más vivo de lo que pensáis.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Weller con aire severo y las tenazas en la mano.

—¿Por qué? Porque es necesario que sea legalizado y asegurado y jurado y que se llenen todas las formalidades.

—¿Pero todo eso es de veras? — preguntó mister Weller dejando las tenazas.

Sam guardó cuidadosamente el testamento en su bolsillo, contestando por medio de un gesto que hablaba seriamente.

—Entonces voy á decirte una cosa — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de meditación; — este es un negocio que afecta al amigo íntimo del canciller. Es necesario que Pell meta aquí la nariz; es un mozo muy á propósito para una cuestión de ley difícil. Vamos á presentar esto en seguida ante el tribunal de insolventes, Samuel.

—¡Yo no he visto jamás un viejo tan destornillado! — exclamó Sam coléricamente. — *Old Baileys* y el tribunal de insolventes y los *alebis* y toda clase de bataolas bailan en su cerebro. Lo mejor que podéis hacer es poneros vuestro vestido de los domingos y veniros conmigo á la ciudad á arreglar este negocio, y no estar ahí perorando sobre cosas que no entendéis.

—Está bien, Samuelito, y estoy de acuerdo contigo en que eso podría facilitar nuestros negocios; pero ten

presente lo que te digo; no hay nadie como Pell, no hay nadie como Pell en un asunto legislativo.

—No pido yo tampoco á ningún otro; ¿pero estás dispuesto á venir?

—Espera un minuto, Samuel — replicó Mr. Weller arreglándose la bufanda, con ayuda de un espejito clavado en la ventana; — espera — añadió pugnando por introducirse en su gabán á costa de las más asombrosas contorsiones; — cuando seas tan viejo como tu padre, no entrarás en tus vestidos tan fácilmente como ahora, hijo mío.

—Si yo no pudiera entrar más fácilmente que entráis vos ahora, consentiría en ser ahorcado si me los ponía así.

—Tú piensas así al presente — replicó Mr. Weller con la gravedad de los años, — pero ya te apercebirás de que vas siendo más razonable á medida que vayas siendo más gordo; la gordura y la sabiduría van siempre juntas, Samuelillo.

Habiendo expresado esta infalible máxima, resultado de sus muchos años y observaciones personales, llegó Mr. Weller por una hábil inflexión de su cuerpo á abotonarse el primer botón de su pesado redingote. Habiendo reposado algunos segundos para tomar aliento, cepilló su sombrero con el codo y manifestó que se hallaba dispuesto.

—¿Qué verdad es que ven más cuatro ojos que dos, Samuelillo! — dijo Mr. Weller conduciendo su carruaje por el camino de Londres. — Como esta propiedad es una tentación para el hombre de justicia, tomaremos dos de mis amigos con nosotros, que estarán sobre sus talones por si hace algo inconveniente; dos de los que he visto el otro día. Son los mejores conocedores de caballos que has encontrado jamás.

—¿Y son hombres de negocios también?

—El hombre que sabe formar un juicio pericial de un caballo, puede formarlos de todo lo demás — respondió Mr. Weller tan dogmáticamente que Sam no se atrevió á contradecir su aforismo.

A consecuencia de esta resolución, puso Mr. Weller en planta los servicios del caballero de tez marmórea y de los dos gruesos cocheros, escogidos seguramente á causa de su amplitud y de su sabiduría proporcional. El quinteto se trasladó á la taberna de *Portugal street*, de donde se despachó un mensajero al tribunal de insolventes, para requerir la inmediata presencia de mister Salomón Pell.

El mensajero le encontró en la sala, ocupado en tomar una frugal colación, compuesta de un bizcocho y un

chorizo. Los negocios andaban algo lánguidos en aquel momento; así fué, que apenas el mensajero le sopló al oído lo que pasaba, guardó los restos de su desayuno en un profundo bolsillo, en unión de otros documentos profesionales, y se dirigió á buscar á sus clientes con tanta rapidez, que había llegado á la sala de la taberna cuando el mensajero no había podido salir aun de la audiencia.

—Caballeros — dijo Mr. Pell tocando su sombrero, — os ofrezco mis servicios, y no lo digo por adularos, pero no hay en el mundo otras cinco personas que me hubieran hecho salir del tribunal en el día de hoy.

—¿Muy ocupado? — preguntó Sam.

—Ocupado por encima de las espaldas, como decía mi amigo el difunto lord canceller cuando se pasaba lista en la cámara de los lores; no estaba nada contento, se resentía mucho de aquellas listas. Muchas veces he pensado en que no podía resistirlas.

Al acabar estas palabras, bamboleó Mr. Pell su cabeza y se detuvo; Mr. Weller, tocando con el codo á su vecino para hacerle fijarse en los conocimientos de hombres distinguidos en negocios que poseía, preguntó en seguida á aquél si las fatigas en cuestión habían producido algún mal efecto permanente en la salud de su noble amigo.

—Yo no creo que le rindieran jamás — replicó Pell, — y aun estoy seguro que no. «Pell, me decía con frecuencia, ¿cómo diablos podéis sostener todo el trabajo que hacéis? Eso es un misterio para mí. — Pell, añadía suspirando y mirándome con alguna envidia, una envidia amistosa como comprenderéis, caballeros, pura envidia amistosa en que yo no paraba la atención; Pell, vos sois sorprendente, verdaderamente sorprendente.» ¡Ah! le hubierais querido mucho si le hubierais conocido, caballeros. Dadme un vaso de rom, querida.

Habiendo dirigido esta última frase á la criada, con expresión de dolor comprimido, Mr. Pell suspiró, miró sus papeles y después al techo, bebió su rom, y acercó más la silla á la mesa.

—Sea como quiera — añadió, — un hombre de mi profesión no tiene el derecho de pensar en sus amistades privadas, cuando se requiere su asistencia legal. Permittedme, sin embargo, un paréntesis, caballeros, que desde la última vez que os he visto, he tenido que llorar sobre una circunstancia melancólica.

Mr. Pell sacó su pañuelo pronunciando la palabra *llorar*, pero no hizo de él otro uso que enjugar una gota de rom que tenía en el labio superior.

—Lo he visto en el *Adversiter*, Mr. Weller — conti-

nuó; — ¡Y decir que no tenía más que cincuenta y dos años!

Esta exclamación de un alma tierna y pensadora, fué dirigida al hombre de tez marmórea, cuya mirada había concentrado casualmente Mr. Pell. Desgraciadamente, la comprensión de éste era bastante nebulosa, por lo que se agitó en su silla declarando que en verdad... en cuanto á eso... no había medio de decir cómo habían llegado las cosas á aquel punto. Proposición sutil, difícil de deshacer con argumentos, y que por consecuencia no fué contradicha por nadie.

—He oído decir que era una señora bastante bella, Mr. Weller — continuó Pell con aire de simpatía.

—Sí, señor, así era — contestó el cochero, que aunque no gustaba de aquel medio de entrar en materia, pensaba que el hombre de negocios, en vista de su larga intimidad con el lord canciller, debía entender más que él de política y buenas maneras. — Era una mujer bastante bella cuando la conocí, caballero; estaba entonces viuda.

—Ved qué casualidad — dijo Pell, mirando á los asistentes con dolorosa sonrisa; — mistress Pell también era viuda.

—Es un hecho extraordinario — observó el hombre de tez marmórea.

—Sí, es una singular coincidencia — murmuró Pell.

—Sin embargo — dijo Mr. Weller un poco cargado, — hay más viudas que solteras que se casan.

—Muy bien, muy bien — repuso Pell; — tenéis razón por completo, Mr. Weller. Mistress Pell era una mujer elegante y completa; sus maneras hacían la admiración general del vecindario. Yo me enorgullecía al verla danzar; ¡había algo tan firme, tan noble, y sin embargo, tan natural en su continente!... Su aspecto, caballero, era el de la misma sencillez. ¡Ay! Permitidme una pregunta, Mr. Samuel, — añadió en voz baja; — ¿vuestra madre era alta?

—No mucho.

—Mistress Pell era alta, era una mujer soberbia, de una magnífica figura, y cuya nariz, caballeros, había sido hecha para imperar; ¡ella estaba muy apegada, mucho! Tenía además una familia distinguida; el hermano de su madre, señores, había quebrado por más de ochocientas libras esterlinas.

—Ahora — interrumpió Mr. Weller, que había dado muestras de hallarse impaciente durante la anterior conversación, — ahora, para hablar de negocios...

Estas palabras sonaron como una música deliciosa en los oídos de Mr. Pell. Trataba de adivinar desde

su llegada si había algún negocio que tratar, ó si había sido invitado simplemente para tomar la parte de su bol de ponche ó de grog, y la duda se hallaba resuelta sin que él hubiese manifestado ningún deseo capaz de comprometerlo. Puso su sombrero sobre la mesa, y sus ojos brillaron al decir:

—¿Y el negocio de que se trata?... ¿eh? ¿Hay alguno de estos caballeros que desee presentarse ante el tribunal? Tenemos necesidad de un arresto; un arresto amigable será bastante. ¿Supongo que estamos entre amigos?

—Dadme el documento, Samuel — dijo Mr. Weller á su hijo, que parecía gozar admirablemente con aquella excusa. — Lo que nosotros deseamos, señor, es la *vetrificación* de esto.

—Una *verificación*, mi querido señor, una *verificación* — observó Pell.

—Eso es — contestó Mr. Weller agriamente; — *verificación* ó *vetrificación*, es lo mismo. Si vos no me comprendéis, espero encontrar otro que me entienda.

—No he tratado de ofenderos, Mr. Weller — respondió Pell con voz dulce. — Vos sois el ejecutor á lo que veo, — añadió echando una ojeada al papel.

—Sí, señor.

—¿Esos otros caballeros son legatarios, á lo que presumo? — añadió Pell con una sonrisa congratulatoria.

—Samuel es el locatario — replicó Mr. Weller; — estos otros caballeros son amigos míos, que han venido aquí para ver de que todo pase de la manera debida; son como árbitros.

—¡Oh, muy bien! No tengo ninguna razón para oponerme á ello; os pediré sólo la pequeña suma de cinco libras esterlinas para comenzar. ¡Eh! ¡eh! ¡eh!

Habiendo decidido el comité que podrían ser adelantadas las cinco libras esterlinas, produjo Mr. Weller esta suma. Hubo en seguida una consulta sobre nada, en la que Mr. Pell demostró á perfecta satisfacción de los árbitros que si el arreglo de aquel negocio hubiera sido confiado á otra persona que á él, lo habría echado á perder, por razones que no explicaba claramente porque eran sin duda alguna satisfactorias. Despachado aquel punto importante, tomó el hombre de ley, para volverse, tres chuletas rociadas de cerveza y de aguardiente, y toda aquella tropa se dirigió hacia Doctor's-Commons.

Al día siguiente se hizo otra visita á Doctor's-Commons; pero los testimonios, indispensables, fueron un poco revesados para un palafrenero borracho, que se negaba obstinadamente á proferir otra clase de juramentos que juramentos profanos, con grave escándalo de un procurador y un delegado del lord canciller. En la se-

mana siguiente fué preciso hacer todavía otras visitas á Doctor's-Commons, después á la oficina de derechos de herencia, y después de redactar un contrato para la venta de la posada, á ratificar dicho contrato, á redactar los inventarios, á acumular masas de papel, á despachar desayunos, á engullir comidas y á hacer otra porción de cosas igualmente necesarias y provechosas. Mr. Salomón Pell, su dependiente y su saco verde se rehinchieron tan bien, que hubiera costado mucho trabajo reconocer en ellos al mismo hombre, al mismo dependiente y al mismo saco verde que paseaban de vacío algunos días antes en Portugal Street.

Habiendo sido arreglados al fin todos aquellos importantes asuntos, se fijó un día para la venta y conversión en rentas de su precio, que debía llevar á efecto Wilkins Flasker, agente de negocios, que vivía en las inmediaciones del Banco, el cual había sido recomendado por Mr. Salomon Pell.

Aquel era una especie de día de fiesta, y nuestros amigos se habían ataviado correspondientemente. Las botas de Mr. Weller habían sido untadas recientemente, y sus vestidos arreglados con un cuidado especial. El caballero de tez marmórea llevaba en la botonadura de su gabán una enorme dalia guarnecida con algunas hojas, y los de los dos amigos estaban adornados de ramos de laurel y de otros árboles verdes. Los tres llevaban los vestidos de los días de fiesta, iban envueltos hasta la barba y llevaban encima la más grande cantidad de ropas posible, lo que ha sido siempre *el non plus ultra* para los cocheros públicos desde que los coches de plaza fueron inventados. Mr. Pell les esperaba á la hora designada en el lugar ordinario de reunión. También él se había puesto un par de guantes y una camisa blanca, desfleada por desgracia en los puños y el cuello á consecuencia de los frecuentes lavados.

—Las dos menos cuarto — dijo mirando al reloj de la sala. — El mejor momento para ir á casa de mister Flasker es las dos y cuarto.

—¿Qué pensáis de una gota de cerveza, caballero? sugirió el hombre de tez marmórea.

—¿Y de un pedacillo de vaca fiambre? — dijo el segundo cochero.

—¡Atención! ¡atención! — exclamó Pell.

—O bien de unas ostrillas — añadió el tercer cochero, que era un señor de voz ronca, soportado por dos enormes pilares.

—A fin de felicitar á Mr. Weller por su nueva propiedad — añadió el hábil hombre de negocios. — ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh!

—Yo estoy dispuesto, caballero — respondió mister Weller. — Sam, tira de la campanilla.

Sam obedeció, y habiendo sido llevados en seguida la cerveza, la vaca y las ostras, fueron en seguida despachadas. En una operación en que cada cual tomó parte tan activa, sería inconveniente hacer ninguna distinción; no obstante, si algún individuo mostró más capacidad que otro, fué el cochero ronco, porque despachó una pinta de vinagre con sus ostras, sin que su semblante le hiciese traición manifestando la emoción más pequeña.

Cuando se retiraron las conchas de las ostras se colocó su vaso de aguardiente y agua delante de cada uno de aquellos señores.

—Mr. Pell — dijo Mr. Weller removiendo su grog, — mi intención era proponer un brindis en esta ocasión por el legado; pero Samuelillo me ha indicado por lo bajo (aquí Mr. Samuel Weller, que hasta entonces había comido sus ostras con tranquilas sonrisas, gritó con voz sonora «¡atención!») que sería mejor dedicar el licor, si deseamos todo género de prosperidades, á daros las gracias por la manera que habéis tenido de conducir mi negocio. A vuestra salud, caballero.

—Esperad un instante — exclamó el caballero de tez marmórea con rabiosa energía; — ¡yo llevaré la voz!

Hablando así se levantó y sus compañeros hicieron lo mismo; paseó sus miradas por la reunión, levantó la mano, y al mismo tiempo cada uno de aquellos señores hizo una larga aspiración y llevó el vaso á los labios; pasado un momento, el corifeo bajó la mano y cada vaso fué depositado sobre la mesa completamente vacío. Es imposible describir el efecto eléctrico de esta imponente ceremonia; sencilla, conmovedora, y llena á la vez de dignidad, combinaba todos los elementos de la grandeza.

—Caballeros — dijo entonces Mr. Pell, — todo lo que puedo decir es que semejantes muestras de confianza son muy honrosas para un hombre de negocios. No quisiera parecer egoísta, caballeros, pero estoy satisfecho, por nuestro propio interés, de que os hayáis dirigido á mí. Si hubiérais caído entre las garras de algunos miembros ínfimos de la profesión, os hubiérais encontrado al cabo de mucho tiempo en la calle de los Desollados. ¡Pluguiera á Dios que viviese mi noble amigo para ver como he conducido este negocio! No digo esto por amor propio, pero pienso... no, caballeros, no os molestaré con mi opinión sobre el particular. Se me encuentra generalmente aquí, caballeros, mas si no estoy aquí ni al otro lado de la calle, ved mis señas. Hallaréis mis precios muy moderados y muy razonables; no hay hombre que

se ocupe más que yo de sus clientes, y creo poder jactarme de conocer algo mi profesión. Si podéis recomendarme vuestros amigos, os quedaré muy obligado, caballeros, y ellos os lo quedarán también cuando me conozcan. A vuestra salud, caballeros.

Habiendo expresado sus sentimientos de aquella manera, colocó Mr. Salomón Pell tres tarjetas delante de los amigos de Mr. Weller, y mirando de nuevo el reloj, manifestó la creencia de que ya era tiempo de partir. Comprendiendo esta insinuación, pagó Mr. Weller el gasto, después de lo cual, el testamentario, el legatario, el hombre de negocios y los árbitros dirigieron sus pasos hacia la Cité.

La oficina de Wilkins Flasher, esq. agente de negocios, estaba en el primer piso, en un corredor, detrás del Banco; la casa de Wilkins Flasher, esq., estaba en *Briston Surrey*; el caballo y el carruaje de Wilkins Flasher, esq., estaba en una cuadra adyacente; el *groom* de Wilkins Flasher, esq., estaba en el camino de *West-End*, para llevar una citación á su deudor; el pasante de Wilkins Flasher, esq., había ido á comer, de modo que fué el mismo Wilkins Flasher quien gritó ¡adelante! cuando Mr. Pell y sus compañeros llamaron á la puerta de su despacho.

—Buenos días, señor, — dijo Pell saludando obsequiosamente. — Deseamos hacer una pequeña transferencia, si gustáis.

—Bien, bien, entrad — respondió Mr. Flasher; — sentaos un momento, soy con vosotros en seguida.

—Gracias, señor, no tenemos prisa — contestó Pell. Tomad una silla, Mr. Weller.

Mr. Weller ocupó una silla, Sam un taburete y los demás ocuparon lo que pudieron encontrar, y se pusieron á contemplar un almanaque y otros dos ó tres cartones pegados en la pared, con tan grandes ojos y tanta reverencia, como si hubieran estado admirando las más grandes obras de los más antiguos maestros.

—Vamos, ¿queréis apostar media docena de botellas de Burdeos? — dijo Wilkins Flasher, esq., reanudando la conversación que la entrada de Mr. Pell y sus compañeros había interrumpido un momento.

Esto se dirigía á un joven caballero muy elegante, que llevaba el sombrero sobre la oreja derecha, y que recostado indolentemente en una mesa, se ocupaba en matar moscas con una regla; Wilkins Flasher, esq. se balanceaba sobre dos pies de un taburete mu elevado, agujereando diestramente con la punta de su cortaplumas el centro de una oblea pegada sobre una cajita de cartón. Los dos caballeros llevaban chalecos muy abier-

tos, corbatas muy bajas, botas muy pequeñas, anillos muy gruesos, relojes pequeños, cadenas muy gordas, pantalones muy simétricos y pañuelos perfumados.

—Yo no apuesto nunca media docena; una docena si queréis.

—¡Convenido, Simmery, convenido!

—¡Primera calidad!

—Naturalmente — replicó Wilkins Flasher, esq.,

E inscribió la apuesta en una cartulina con un lapicero de oro.

El otro caballero la inscribió igualmente sobre otra cartulina con un lapicero de oro.

—He leído esta mañana un aviso referente á Boffer — dijo en seguida Mr. Simmery; — ¡pobre diablo! Ha sido ejecutado.

—Os apuesto diez guineas contra cinco á que se corta el pescuezo.

—Aceptado.

—Esperad, me arrepiento — dijo Wilkins Flasher pensándolo; — acaso se ahorque.

— No importa — repuso Mr. Simmery sacando el lapicero de oro; — consiento en ello. Pondremos se destruirá.

—Se suicidará.

—Convenido, Flasher, diez guineas contra cinco á que Blasher se suicidará. ¿En cuánto tiempo pondremos?

—En quince días.

—Es mucho — replicó Mr. Simmery, deteniéndose un momento para matar una mosca. — Pongamos una semana.

—Partamos la diferencia, diez días.

—Bien, diez días.

En consecuencia, se registró doblemente sobre las cartulinas que Boffer debía suicidarse en el espacio de diez días, sin lo cual Wilkins Flasher, esq., pagaría á Frank Simmery, esq., la suma de diez guineas, mas que si Boffer se suicidaba en este intervalo, Frank Simmery, esq., pagaría cinco guineas á Wilkins Flasher, esq.

—Siento que haya tronado — dijo Wilkins Flasher, esq. — Daba unas comidas famosas.

—¡Qué buen Oporto tenía! ¿eh? Mañana envió mi mayordomo á la subasta, para comprar algunas botellas de sus sesenta y cuatro.

—¡Diantre! el mío ha de ir también. Cinco guineas á que el mío sube la puja al vuestro.

—Convenido.

Se hizo otra inscripción sobre las cartulinas, y habiendo matado Mr. Simmery todas las moscas y aceptado

todas las apuestas, se alargó hasta la Bolsa para ver lo que pasaba allí.

Wilkins Flasher, esq., condescendió entonces en recibir las instrucciones de Mr. Salomon Pell, y habiendo llenado los huecos de algunos impresos, invitó á la reunión á seguirle al Banco. Durante el camino, mister Weller y sus amigos abrian grandes ojos llenos de admiración por todo lo que veían, en tanto que Sam examinaba todas las cosas con una sangre fría que no podía turbar nada.

Habiendo atravesado una galería llena de movimiento y de ruido, y pasado cerca de dos porteros que parecían haberse ataviado para rivalizar con la bomba de incendios, pintada de rojo y relegada á un rincón, llegaron nuestros personajes á la oficina donde debía ser despachado su negocio y donde Pell y Flasher los dejaron solos algunos momentos para subir al despacho de los testamentos.

—¿Qué sitio es ese? — preguntó el hombre de tez marmórea al oído de Mr. Weller mayor.

—La oficina de consolidados — contestó el albacea testamentario.

—¿Y quiénes son esos caballeros que están de pie detrás de los mostradores? — preguntó el cochero romo.

—Consolidados reducidos, supongo — contestó Weller.

—¿No son consolidados reducidos, Samuelito?

—¡Cómo! ¿suponéis que los consolidados son seres vivos? — dijo Sam con cierto desdén.

—Yo creía eso — replicó Mr. Weller; — ¿pues qué son?

—Empleados — respondió Sam.

—¿Y por qué comen todos jamón y bizcochos?

—Porque ese es su deber, supongo. Es una parte del sistema comer eso todo el día.

Mr. Weller y sus amigos no tuvieron tiempo para reflexionar sobre aquella particularidad del sistema financiero de Inglaterra, porque en esto llegaron Pell y Flasher, que les condujeron hacia la parte del mostrador sobre la cual se hallaba inscrita una gran W sobre un cartelón negro.

—¿Qué es eso? — preguntó Mr. Weller á Mr. Pell llamándole la atención sobre el mencionado cartelón.

—La primer letra del nombre de la difunta — contestó el hombre de negocios.

—Esto no puede seguir así — dijo Mr. Weller volviéndose hacia los árbitros; — aquí hay algo que no marcha bien; no puede, no puede esto seguir así.

Los árbitros interpelados expresaron inmediatamente la opinión de que el negocio no podía ser terminado

legalmente bajo la letra W, y esto, según todas las probabilidades, lo hubiera retardado un día por lo menos, si Sam no hubiera tomado inmediatamente un partido, poco respetuoso en apariencia, pero decisivo. Cogiendo á su padre por el cuello del gabán, le echó contra el mostrador y le tuvo allí clavado hasta que hubo puesto su firma sobre un par de documentos, lo cual no era negocio muy corto, por la costumbre que tenía Mr. Weller de no escribir letras sino con molde. Durante el tiempo que duró la operación, tuvo lugar por esto el empleado de mondar, cortar y despachar tres manzanas.

Como Mr. Weller insistía en vender su parte, todos ellos se dirigieron desde el Banco á la puerta de la Bolsa.

Después de una corta ausencia, Wilkins Flasher, esq., volvió con nuestros amigos, llevando una orden de pago de quinientas treinta libras esterlinas, contra Snuth Payne y Snuth, cuyas quinientas treinta libras representaban al cambio del día la porción de rentas de la segunda mistress Weller, aferente á Mr. Weller *senior*.

Las doscientas libras esterlinas de Sam quedaron inscritas á su nombre, y Wilkins Flasher, esq., después de haber recibido su comisión, la dejó caer indolentemente en su bolsillo, y se marchó contoneándose hacia su despacho.

Mr. Weller estaba obstinadamente decidido á no cambiar su orden sino por soberanos; pero habiéndole representado los árbitros que se vería obligado á hacer el gasto de un saco para llevarlos, consintió en recibir la suma en billetes de cinco libras esterlinas.

—Mi hijo y yo — dijo al salir de casa del banquero, — tenemos un compromiso especialísimo para esta tarde, y quisiera por lo mismo dejar terminado aquí este asunto por completo. Vamos, pues, á alguna parte para acabar de arreglar nuestras cuentas.

Habiéndose encontrado un salón tranquilo en una taberna de la ciudad, se produjeron y examinaron en ella las cuentas. La cuenta de Mr. Pell fué tasada por Sam, y algunos de los artículos no fueron aceptados por los árbitros; y aunque Mr. Pell declaró con las más solemnes seguridades que eran demasiados duros con él, aquella operación fué, sin embargo, la más provechosa que nunca había hecho, y sirvió para quitarle durante más de seis meses el cuidado de su habitación, de su alimento y del lavado de la ropa.

Habiendo tomado los árbitros la última copa, se dieron todos estrechos apretones de manos, y partieron, porque tenían viajes para aquella misma tarde. Mister Salomon, viendo que no había ya nada más que beber

ni que comer, se despidió también de la manera más amigable, y Sam quedó solo con su padre.

—Hijo mío — dijo Mr. Weller guardando su cartera en el bolsillo del pecho; — aquí hay mil ciento ochenta libras esterlinas, con los billetes que acaban de darme por la cesión del bono y demás. Ahora, Samuelillo, vuelve la cabeza del caballo hacia el lado de *Jorge y el cuervo*.

CAPITULO LVI

Mr. Weller asiste á una importante conferencia entre Mr. Pickwick y Samuel. — Un caballero viejo, con vestido color de tabaco, llega inopinadamente.

Mr. Pickwick estaba solo, pensando en muchas cosas, y principalmente en lo que debería hacer por la joven pareja, cuyo estado incierto era para él continuo objeto de ansiedades y temores, cuando María, entrando precipitadamente en la habitación, se acercó á la mesa y le dijo:

—Señor, Samuel está abajo y pregunta si su padre puede veros.

—¿Por qué no?

—Gracias, señor — dijo María, volviéndose hacia la puerta.

—¿Hace mucho tiempo que está allí Sam?

—No, señor; no hace más que venir, y dice que no os molestará mucho.

María se apercibió sin duda de que había comunicado esta última noticia con excesivo calor, ó notó acaso la sonrisa de buen humor con que Mr. Pickwick la observaba cuando hubo acabado de hablar. El hecho fué que bajó la cabeza y se puso á examinar la punta de su delantal con más atención de la que era absolutamente indispensable.

—Decidles que vengan en seguida.

María, visiblemente contenta, se marchó rápidamente con su mensaje.

Mr. Pickwick dió dos ó tres vueltas por la habitación, acariciando su barba con la mano izquierda, y pareciendo sumergido en profundas reflexiones.

—Vamos — dijo al fin con entonación dulce, aunque melancólica; — vamos, es el mejor medio que tengo para recompensar su fidelidad. Es preciso; el destino de un solterón es ver á los que le rodean formar nuevos lazos y abandonarle. No tengo ningún derecho para esperar que á mí me pase otra cosa. No, no — añadió más alegremente, — sería egoísmo é ingratitud; debo considerarme dichoso con encontrar esta ocasión de establecerme. Soy dichoso, necesariamente soy dichoso.

Estaba Mr. Pickwick tan absorto en estas reflexiones, que habían llamado tres ó cuatro veces á la puerta sin que lo oyese. Sentándose rápidamente, tomó el aire amable que tenía de ordinario, y gritó:

—¡Entrad!

Sam Weller apareció seguido de su padre.

—Estoy encantado de veros volver, Sam. ¿Cómo os va, Mr. Weller?

—Muy bien, señor, muchas gracias — contestó el viejo. — ¿Espero que á vos os irá bien, señor?

—Perfectamente, os doy las gracias.

—Desearía hablar alguna cosa con vos un momento, si podéis concederme cinco minutos.

—Cuanto queráis. Sam, dad una silla á vuestro padre.

—Gracias, Samuel; ya he cogido aquí una. Hace un tiempo hermoso, señor — dijo Weller sentándose y poniendo en tierra su sombrero.

—Muy hermoso para la estación en que estamos — replicó Mr. Pickwick; — muy hermoso.

—El tiempo más hermoso que yo he conocido — añadió Mr. Weller.

Al llegar aquí fué acometido de un violento acceso de tos, y cuando hubo terminado ésta se puso á hacer señas, guiños y gestos suplicantes ó amenazadores á su hijo, que se obstinaba maliciosamente en no ver nada.

Mr. Pickwick, apercibiéndose de que el viejo se hallaba embarazado, fingió ocuparse en cortar las hojas de un libro, esperando á que Mr. Weller le dijese el objeto de su visita.

—No he visto jamás un muchacho tan obstinado como tú — dijo al fin el viejo cochero, mirando á su hijo con aire indignado. — Jamás, en mi vida, ni en mis días.

—¿Pues qué ha hecho, Mr. Weller? — preguntó mister Pickwick.